



REVISTA SEMANAL.

AÑO 3.º—NÚMERO 11.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Se publican 48 números al año.
Su precio, 2 rs. al mes en toda
España, franco de porte, siendo
precisa condicion hacer la sus-
cripcion por anualidades

DIRECTORA.
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

23 de Marzo de 1877.

En su redaccion y adminis-
tracion, calle del Derro del
Campillo, núm. 15.

SUMARIO.

Palmas y espinas, por dona Enriqueta Lozano de Vil-
chez.—**La Oracion**, por la señorita doña Angustias
de Ramos Lopez.—**La so edad de María**, poesia, por
don Gabriel Enciso y Nuñez.—**Magdalena**, por dona
Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Isaias**, por don T. V.
La última cena, por don Juan Nicasio Gallego.

PALMAS Y ESPINAS.

¡Hossana! ¡Hossana! Ben-
dito sea el que viene en el
nombre del Señor!

«Tejed coronas, formad arcos de triunfo, agita
la palma y la oliva, y cubrid de vistosas flores
las plazas y las calles de la hermosa Jerusalem.

El enviado de Dios, el anunciado por los pro-
fetas, el deseado de las naciones, pisa las puer-
tas de la altiva ciudad, travendo en su mano la
paz y en su palabra la salvacion.»

Asi repiten doquiera los hijos del pueblo ju-
dio, y se inquietan y se apresuran por salir al
encuentro del que viene hácia ellos en nombre
del poderoso Dios de Sinai.

Y los hombres destocan su frente, y las muje-

res descubren su faz, y los tiernos infantes ba-
ten las manos en señal de triunfo y de regocijo,
saludando al Mesías que se halla entre ellos.

Porque ya los vientos que agitan las altas co-
pas de los cedros del Líbano, no repetirán los
gemidos de las víctimas inmoladas ante las aras
de los ídolos paganos: ya la sangre inocente no
manchará los altares del sacrificio, porque la del
Hijo de Dios sellará un nuevo testamento, y una
ley de gracia inagotable y de inefable justicia
para las generaciones venideras.

Ya ha sonado la hora de redencion y de liber-
tad, y las puertas de la inmortal Sion han sido
abiertas por la mano de Aquel que, despues de
crear el mundo con una palabra de su labio, con
una palabra tambien va á rescatarle y á ligarle
con el cielo, por medio de los lazos de la clemen-
cia y del amor. Ya van á quedar explicados to-
dos los símbolos y realizadas todas las figuras.

El árbol frondoso paradisiaco brota de nuevo,
y extiende sus ramas por todos los ámbitos de la
tierra.

Un nuevo Noé, mas justo y mas impecable,
viene á salvarnos de otro diluvio, mas tempes-
toso y mas terrible, ¡del diluvio de nuestras
culpas!

Un nuevo Melchisedech va á presentar una ofrenda mas piadosa y mas digna, por nuestra ansiada salvacion.

Un Abel mas inocente, un Isac mas humilde, en un mas bello paraíso, y en un mas escarpado Moria, van á ofrecer el sacrificio de su vida para desarmar la diestra del Eterno, justamente airada y próxima á caer sobre nosotros.

Un cordero mas cándido va á inmolarse ya, para marcar con la púrpura de sus venas, no las casas señaladas de los israelitas, si no las de los hijos primogénitos de Egipto y las de todo el pueblo del Señor.

Un nuevo Moisés viene á enseñarnos una senda nueva y abrírnos ancho paso para llegar al seguro puerto, no tendiendo su manto sobre las revueltas aguas del mar Rojo, sino enfrenando y dividiendo con el madero de una Cruz las olas tempestuosas del dilatado mar de la culpa.

Otro tabernáculo de Silo, otro templo de Salomon, construido con mayor grandeza y sobre cimientos mas indestructibles, va á levantar su cúpula hasta el cielo, apoyando en la tierra su base, para que las plegarias del hombre puedan en él alzarse hasta Dios.

Otro Eliseo mas inspirado llega ya entre nosotros, que no solo con un grano de sal convertirá en saludables los nocivos manantiales de Jericó, sino que con una mirada y una gota de su sangre, purificará y tornará en raudales de gracia los turbios y cenagosos manantiales de la vida.

Otro sabio mas infalible viene á nuestro encuentro, que no ha curado la lepra del sirio Naaman, sino que ha resucitado á Lázaro, y con una sola señal le ha hecho alzarse de la tumba.

Otro Elias mas santo y mas lleno del espíritu de Dios, dejará oír su voz, pulverizará con su doctrina y con su ejemplo los groseros ídolos del politeísmo, y alzará sobre las cumbres de la antigua Roma el lábaro de la Cruz, destruyendo el poder de sus tiranos emperadores.

¡Hossanna! pues, Hossanna al deseado de las naciones; Hossanna al Mesias verdadero; ¡Hossanna! bendito sea el que viene en nombre del Señor á dar á su pueblo la libertad y la vida, y á difundir una nueva ley basada en el amor, en la esperanza y en la fé!

Mas ¡ay! que á través de esos cantos de triunfo se oyen horribles gritos de amenaza: entre esos perfumes se respira un hálito de muerte: junto á la palma están las espinas, tras de la oliva está la Cruz.

La Cruz en que un pueblo deicida enclava á su Salvador; la Cruz, signo ayer de ignominia y de gloria hoy: la Cruz, único escudo y única

égida y áncora sola que sostiene al mundo.

¡Oh! pueblo judío, hijos de la altiva Jerusalem, ¿por qué correis y os afanais en demostrar vuestro entusiasta júbilo? ¿por qué victoreais y conducís en triunfo por las calles de la ciudad al Justo, si mañana correreis y os afanareis por conducirlo á la cumbre del Gólgota, y por regar con su sangre esas mismas plazas que hoy cubres de flores para que asiente su pié?

¡Oh! pueblo de Jerusalem, tú simbolizas á la humanidad entera, aclamando á Dios con la palabra y crucificándola con la accion; cercando de palmas su altar y ciñendo de espinas su sien; teniendo la plegaria en el labio, y la culpa en el fondo del alma; entonando el Hossanna en la mentida apariencia y gritando *tolle tolle* en la funesta realidad; representando una torpe comedia de amor y respeto, que concluye con un drama sangriento de horror y de muerte en la elevada cima del Calvario.

¡Oh! pueblo de Jerusalem, tú mancharás tus manos en la sangre del Justo, y mostrarás tu crimen á las edades venideras, que proseguirán, en su ingratitud, tu funesta obra.

Sigue hoy, sin embargo; sigue hoy alzando tus himnos de gloria, que ha llegado el instante en que las profecias van á cumplirse, en que va á firmarse la alianza entre Dios y los hombres, en que los esclavos van á ser libres y redimida la raza de Adam.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA ORACION.

DEDICADO Á MI QUERIDA HERMANA

LA SEÑORA DOÑA CONCEPCION DE RAMOS LOPEZ.

Empecemos por buscar para la criatura racional una actitud mas noble que la del ser que arrodillado ora: no la encontraremos. Y no solo en el suntuoso templo, adornado de lujosas colgaduras y profusamente iluminado, en donde los cánticos sagrados se confunden con los acentos del que ora, y con el humo del incienso suben al cielo los suspiros de muchos corazones lastimados. No es aquí solamente donde queremos ver al que tiene la verdadera fé; le buscamos en un rincon oculto, en su dormitorio ó aposento, ya more en espléndido palacio, ya en una pobrísima cueva.

Reflexionemos un momento sobre la admiracion que nos causa una persona realmente virtuosa, y que tiene verdadera devocion, y figuremosnos qué digna y elevada se ostenta cuando separándose por unos instantes del tumulto de

la vida, se recoje á pensar sobre sí misma, sobre la grandeza y misericordia de Dios, y sobre las vanidades del mundo. Si se examina á sí misma tendrá que humillarse, porque ¿quién que se estudie con imparcialidad, no reconocerá todas sus miserias? ¿Á quién que haya leído el Evangelio no le asalta la idea de que mientras traemos este cuerpo, no podemos estar sin pecado, ni vivir sin enojo y dolor? Pues si en la oracion conoce que el hombre es miserable, doquiera que fuere, y doquiera que se volviere, que no sea Dios, conoce ya una gran verdad, y una verdad que nos purifica; por eso el que se humilla delante del Ser Supremo, sin advertirlo y aun sin pretenderlo, se eleva. Cuando la criatura se recoje dentro de sí misma, movida de un impulso sobrenatural, parece que le salen al encuentro todos sus defectos, y comprende que nada tiene de qué gloriarse, porque todo lo que posee es mudable y enfermo; y entonces, cuántas lágrimas de arrepentimiento! ¡Cuántos suspiros de dolor! ¡Cuántas ansias y propósitos de mejorar sus costumbres! ¡Y cuán vehementes deseos de ennoblecer sus acciones para asemejarse siquiera imperfectamente al divino modelo!

Oprimido bajo el peso de sus debilidades, y no encontrando consuelo en las cosas humanas, recurre á Aquel que dijo: «Venid á mí todos los que esteis fatigados, que yo os aliviare.» ¡Qué fortaleza experimenta el alma al repetir estas inefables palabras! ¡Qué tierna confianza derraman en el pecho destrozado por los pesares! Esto la mueve á confesar sus pecados, y cuando cae sobre su cabeza la bendicion sacerdotal que, como agua santificadora, lava todos sus extravios, su conciencia se siente regenerada, y su oracion es entonces un himno de gratitud, que sale del fondo de un pecho purificado. ¿Quién será capaz de expresar el dulce éxtasis que se apodera del alma, cuando se recoje dentro de sí para contemplar la misericordia de que ha sido objeto? ¡Oh, Dios mío! Tú iluminas el entendimiento mas duro, ablandas los mas empedernidos corazones, y das á beber de ese agua que ofreciste á la Samaritana en el pozo de Sichar, que apaga la sed de todas las torpes pasiones. En tí descansa el alma, como el pequeño infante en los brazos de su madre, donde está exento de todos los peligros. Tú eres el que le alientas para pelear las batallas del mundo, del demonio y de la carne: y por tí alcanzaron señalada victoria Santa Teresa de Jesus, San Pedro Alcántara y otra multitud de generosos atletas del catolicismo.

Pues ¿á qué buscar la salud fuera de esta piscina que cura todas las enfermedades, así del

cuerpo como del alma, ni buscar otra sabiduría que la de la Cruz, que es la que puede hacernos santos? ¿Qué bienes nos reporta seguir las máximas del mundo? Tal vez adquirir riquezas, títulos y honores; pero nada de esto es capaz de satisfacer nuestro corazon, porque si fuera bastante, el que todo lo posee ya no tendria nada que desear; y sin embargo, su inquietud es cada vez mas incesante. Si el ideal de nuestras aspiraciones no está en la tierra, á la cual nos sentimos tan apegados, ¿para qué consumir la vida en el goce de las pasiones, buscando una felicidad que se escapa como la sombra?

Aprendamos, hermana mia, en la oracion á cumplir con la vocacion á la que hemos sido llamados; arrojemos de nosotros todo lo que pueda envilecernos á los ojos de Dios, y recordemos con frecuencia la enseñanza del Divino Maestro que dijo: «Pedid y recibireis.»

Angustias de Ramos Lopez.

AL SEÑOR DON FERMIN DIEZ,
VICARIO JUEZ ECLESIASTICO DE SEGURA DE LA SIERRA.

LA SOLEDAD DE MARÍA.

Mujeres de Salen, pobres mujeres
que el cáliz apurais de la desgracia,
vertiendo sin cesar llanto de fuego
sobre tumba ignorada.

Las que habitais las cumbres del Carmelo,
las que morais del Líbano á la falda;
las que vivís del mar de Tiberiades
en la ribera placida.

Vosotras que lleváis vuestros cabellos
cual torrentes de oro á vuestra espalda,
y por la pena inmensa que os aflige
vuestras manos cruzadas.

Las que elevais los ojos hacia el Éter,
puros como la luz de una alborada,
pretendiendo encontrar en el espacio
vuestra muerta esperanza.

Las que buscáis las sombras de la noche
cuando todo reposa y todo calla,
para avivar entonces los recuerdos
y derramar las lágrimas.

Venid conmigo al apartado sitio
donde el eco del mundo no se alza,
que conduce á una senda tortuosa
de abrojos erizada.

Allí el eco del viento es un suspiro,
allí el rocío se convierte en lágrimas,
que el dolor, en la forma de una madre
por sus ámbitos vaga.

Una mujer mas pura que las nieves
que en el Hebron perpétuas se levantan,
mas hermosa que el sueño de un arcángel
de blanquísimas alas

Una mujer que tiene en sus pupilas
todo el límpido azul de una mañana,
una mujer que lleva entre sus labios
el beso de las auras.

Sobre duro peñon, triste y sombrío,
inclina su alba sien desconsolada,
regando con las perlas de sus ojos
la piedra solitaria.

¡Vedla! tiene sus manos siempre unidas,
y del sol que á occidente ya se baja,
un solo rayo, el último, el mas triste
su cabellera baña.

Á la luz de aquel astro moribundo
es su frente sin par mucho mas blanca,
y sus rubios cabellos caen al hombro
cual rápidas cascadas.

¿Quereis saber vosotras por qué llora?
¿quereis saber la pena de su alma?
¿quereis saber por qué constante besa
la roca solitaria?

Del dolor infinito que la aflige:
vuestros ingratos hijos son la causa;
ellos la dieron á beber del cáliz
que su Jesus probara.

Á su Amor coronaron con espinas
porque el Dios de los cielos se llamaba,
y á la par que en su sien, la aguda punta
en su pecho clavaban.

Ellos le condujeron hasta el Gólgota
con la pesada Cruz sobre la espalda,
ellos dieron la muerte en el suplicio
al Hijo de su alma.

Por eso vierten sin cesar sus ojos
sobre la dura piedra tantas lágrimas,
por eso hondos suspiros de amargura
de su pecho se escapan.

Por eso se halla sola sobre el mundo,
muerta ya su ilusion y su esperanza,

por eso con afan besa la roca
que al Hijo amado guarda.

—Yo busco á mi Jesus y no le encuentro
(dice la pobre madre atribulada),
—¿dónde está aquel Amor que era mi sueño,
que era luz de mi alma?

Como la flor no vive sin rocío,
como no vive sin espacio el águila,
donde reina sin par de las alturas
pueda tender sus alas;

Yo busco el grato aroma de sus besos:
yo busco el esplendor de su mirada,
cómo el náufrago busca entre los mares
la salvadora tabla.

Yo necesito ver solo un momento
el tesoro de amor de mis entrañas,
¡un momento no mas! uno siquiera
al dueño de mi alma.

¡Que es mi hijo! mi hijo á quien yo busco;
la ilusion mas hermosa que me falta;
¡y es una pobre madre la que implora,
una madre angustiada!

¡Ah! que estoy sola, sola sobre el mundo!
¡sola con mi dolor y con mis lágrimas!
que mi Jesus ya muerto, oculta alevé
la losa funeraria.

Sola como la pálida azucena
que ignorada en el bosque se levanta;
sola como la tórtola doliente
que gime en la enramada.

Sola como en la mar pobre barquilla
que va oscilando entre las turbias aguas,
sola como la estrella en el espacio
en noche solitaria.

Mujeres de Sion, tristes criaturas,
verted juntas conmigo vuestras lágrimas,
¿habeis perdido acaso vuestro hijo
de celestial mirada?

¿Vais vosotras tambien como yo voy
á regar una piedra solitaria
lanzando hondos suspiros al espacio
que se llevan las auras?

¡Mirad! cuando las brisas dulcemente
van á mover las hojas de las ramas,
cuando cantan las aves entre el bosque
me parece que habla.

Cuando el claro raudal corre sereno
retratando la luna nacarada,
me parece que entonces le contemplo
en las bullentes aguas.

Del sol fulgente en el postrero rayo
yo encuentro de mi amor una mirada,
en los murmullos vagos de la tarde
escucho sus palabras.

Abrid paso á la rosa de los valles,
al puerto de la luz y la esperanza,
á la estrella del mar, al solo faro
de refulgente llama.

Las que habitais las cumbres del Carmelo,
las que morais del Líbano á la falda,
las que vivís del mar de Tiberiades
en la ribera plácida,

Abrid paso á una madre sin consuelo
que está sobre la tierra abandonada,
cuando tiene los mundos por corona
y los cielos por patria!

Gabriel de Enciso y Nuñez.

MAGDALENA.

Una mujer, mas bella que las azucenas y las magnolias que perfuman las faldas del Carmelo, rubia como las espigas del Egipto, blanca como las blancas espumas que besan murmurando las riberas del Jordan: con los labios como la flor del terebinto, y los ojos del color de un cielo sin nubes, llora, con la frente inclinada y cruzadas las manos sobre el mórbido seno, en el apartado rincón de la espaciosa cámara de una de las casas mas suntuosas de Jerusalem.

Está sola: las siervas que la han destocado se han retirado á una seña suya, y sobre el sitio inmediato al que ocupa, se vé arrojado el manto que cubriera sus sienes.

Las lágrimas que tiemblan en sus largas pestañas, y ruedan por sus mejillas, se asemejan á las transparentes gotas de rocío, suspendidas sobre el cáliz de la entreabierta rosa, aunque son muchos mas abundantes, pues corren una en pos de otra sin agotarse nunca.

Y sin embargo, ella las deja caer sin cuidarse de enjugarlas, y sin mudar por un instante su actitud melancólica, triste y abatida.

En qué piensa? qué motiva su lento dolor? por qué aquellos labios donde la risa y el placer formaron su nido, hoy solo suspirar y comprimirse saben?

¡Ay! que aquella mujer que era ayer la mas hermosa doncella de Magdalo; y que es hoy la pecadora mas libre de Jerusalem, ha mirado brillar ante sus ojos un rayo de la luz celeste, ha sentido su corazón estremecerse al eco de una voz sagrada; y los amores, y las vanidades, y los anhelos de la tierra, se han fundido en su alma en un solo amor, en el amor que salva y purifica, al calor de una soía y divina mirada.

Atraída por la curiosidad, impulsada por la multitud, ha acudido aquel día al atrio del templo á contemplar por un momento al que habla á los pecadores en el nombre del Señor, y las frases de aquella boca, y la penetrante mirada de aquellos ojos, han obrado en ella el milagro supremo de una completa transformacion.

Su espíritu, ofuscado por los placeres de la tierra, ha vislumbrado por un momento las delicias del cielo.

El inmenso vacío que dejáran en su pecho las pasiones mundanas, ha venido á llenarse, con un deseo infinito, con un amor desconocido, con un sublime afán, que ni aun en sueños vislumbrara.

Y la pureza de este amor ha santificado su espíritu, y los castos anhelos del mañana han borrado la huella fatal de los anhelos del ayer, y la mujer se ha transformado en ángel y la pecadora en penitente.

Y Magdalena lamenta sus pasados errores, y se olvida del mundo al suspirar por el cielo: y diera las horas todas de su vida, y derramara la sangre de sus venas gota por gota, si con ella alcanzara á lavar las manchas que empañan la pureza y la hermosura de su alma.

Y en medio de su aflicción, en medio de la angustia de su infinito arrepentimiento, rasga su túnica de púrpura, arranca de su frente las perlas, de su cuello los brillantes: destrenza sus cabellos, arroja sus perfumes, y ciñendo á su talle un tosco sayal, sale de su estancia tomando solo de todas cuantas riquezas y primores adornan su bellissimo camarín, un vaso de alabastro lleno hasta el borde de esencia de nardo.

Los esclavos y los siervos que la ven salir de aquel modo, corren maravillados á detenerla, ofreciéndole las doradas literas en que la han conducido otras veces.

Pero Magdalena no los escucha, y cruza ante ellos tan rápidamente, como la gacela huye por la selva al oír los primeros tiros del cazador.

Y sola, y destocada, y pálida, y llorosa, cruza las calles de Jerusalem, causando con su presencia el pasmo y el asombro, como antes habia causado la locura y el escándalo.

¿Dónde va? ¿qué busca? ¿qué intenta lograr?

¡Ay! busca al que con su palabra domina los

corazones, siembra las virtudes, corrige los vicios y devuelve la salud al alma y la paz al espíritu.

Busca al que clemente y sábio ha defendido ya á otra mujer culpable como ella; busca al que mañana perdonará á la faz del mundo á un miserable jefe de bandidos, rehabilitando á la una con su palabra y regenerando al otro con su sangre.

Los piés de Magdalena descalzos en señal de penitencia, tocan apenas las duras piedras, en la ligera velocidad de su carrera; hasta que al fin, fatigada, sin aliento, jadeante, llega á la puerta de Simon el fariseo y se detiene irresoluta en el umbral.

—¡Oh! murmura: si el oprobio de mi vida pasada habrá llegado hasta Él! si se apartará de mi lado como nos separamos del desbordado río, cuyo revuelto cieno puede salpicar nuestra túnica ó manchar nuestro pié! si me arrojará de su presencia juzgándome indigna de besar la orla de su manto, ó la huella, á lo menos, que deja su planta! ¡Ay de mí! que tiemblo y me extremezco y me siento morir!

Y aquella mujer, en efecto, cae de rodillas y oculta el hermoso y pálido semblante entre sus manos, mientras su pecho se levanta en un angustioso y triste sollozo.

—Esta duda es cruel, exclama al fin; y es preferible á ella la muerte mil veces. Él no puede desoir mi voz, porque es la voz de un alma destrozada por el arrepentimiento y purificada por el dolor. Él ha dicho que viene á dar vida; Él ha dicho que viene á salvar! que busca a los pecadores, que redime y que santifica, ¿por qué vacilo, por qué me anonado, si la piedad es su lema, y la misericordia su mision?

Y animada por esta idea, la impura pecadora se alza del suelo, y dando algunos pasos penetra en el átrio y llega hasta la estancia en que su corazón la grita se halla está Jesus.

Y allí está en efecto: allí cercado de los que ha escogido para que extiendan por el mundo su santa doctrina, les habla del cielo, les habla del amor, de la esperanza y de la fè.

Magdalena se acerca temblando: su labio no pronuncia una sola frase, sus ojos no se atreven á alzarse del suelo, y cae á los piés del Hijo de Dios, bañándolos con sus lágrimas y ungiéndolos con sus perfumes.

Y aquellas lágrimas extremezen el corazón de Jesus, y aquel dolor conmueve su alma, y lo que no hubiera logrado todo el poder y el oro de los emperadores romanos, lo consigue una gota de llanto de aquella mujer arrepentida; lo consigue el suspiro del amor casto, infinito, inmaculado,

que por vez primera inunda el alma ardiente de Magdalena.

Y la palabra «perdon» llega al oído de la culpable pecadora, aun antes que la pronuncien los labios del Redentor; porque su corazón la advina á través de su inmensa mirada

(Concluiré).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

ISAÍAS.

Voz de dolor y de esperanza, eco de excelsas inspiraciones, hízose oír en los tiempos de los cuatro reyes de Judá, Osias, Joatan, Acáz y Ezequias, un hombre portentoso, ilustre por la cuna, por la virtud y por el talento.

Isaías, hijo de Amós, de la familia real de David, sobrino del rey Amasias, robaba la admiración del pueblo escogido, hablándole en nombre de aquel Dios omnipotente, que hacia desender su espíritu sobre las sienes venerandas de los profetas.

El Señor le eligiera para esta mision desde la infancia: un serafín habia purificado sus labios con un ascua del altar sacrosanto, y los judíos escuchaban atónitos á aquel ser maravilloso que descubria los arcanos del porvenir, pregonando por doquiera los misterios del inefable Jehová.

Una vasta inteligencia, una fantasía verdaderamente oriental, y el *don de Dios* que velaba el alma del profeta: este era *Isaías*.

Águila del pensamiento, cerniase su mirada en la oscuridad del futuro.

Hoy pronunciaba los destinos de Faceas y Rasin, mañana los de Sennaquerib y Nabucodonosor.

Viendo lo que habia de ser, lloraba la desolación de Judá, las penas de las hijas de Jerusalem, la cautividad de su amado pueblo.

Babilonia y Damasco, Asur y Moab, Egipto y Etiopia, blanco de las iras celestes, podian oír con horror las calamidades que les auguraba, siendo el éxito tanto mas seguro, cuanto mejor realizados se veian los vaticinios de la misma época, cuya prenda era á veces el objeto mas querido del héroe, su propio hijo *Scheer-Iaschub*.

El espíritu del Señor le animaba. *Isaías* hablaba tranquilo, aterrando su palabra á proporcion de la serena paz de su rostro.

Su voz recorria todos los tonos. Quejas y suspiros, regocijos y glorias brotaban de sus fecundos labios, siempre armoniosos, siempre rebosando vigor y dulzuras, música y pasión, encan-

tando y conmoviendo, ricos en número para el oído, potentes en galanura y verdad para inflamar la fantasía, imprimirse en la memoria y herir el mas recóndito pliegue del corazón.

Anuncia los caracteres del *Mesías*, y señala tan preciosos detalles que, con cambiar los tiempos, los sesenta y seis capítulos de su profecía son una historia.

—«Saldrá, dice, un vástago de Jessé, padre de David, y este vástago será expuesto como bandera á todos los pueblos. Enseñará la justicia á las gentes, y el hombre arrojará lejos de sí sus ídolos de oro y plata para amar solo al Señor.»

«Hé aquí que la Virgen concebirá y dará á luz un hijo que será llamado *Enmanuel*, esto es, Dios con nosotros.»—

En el sagrado entusiasmo de sus oráculos, *Isaias* ve presente el porvenir, y exclama:

—«Nos ha nacido un tierno niño. Será llamado el Admirable, el Fuerte, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de paz, el nombre incommunicable de Dios será su nombre. Los Reyes honrarán su cuna y le ofrecerán presentes. Se oirá la voz del que clama en el desierto: *Preparad las sendas del Señor*. Llevará sobre sus hombros el instrumento de su poder. Los ojos de los ciegos verán la luz, se abrirán los oídos de los sordos, el cojo saltará como el ciervo, y será desatada la lengua del mudo.»—

¿Quién al leer estas páginas admirables, no cree repasar el Evangelio?

—«El vástago de Jessé se elevará ante el Señor como árbol en tierra árida. No tiene hermosura ni brillo, le vimos y no le reconocimos: nos pareció el último de los hombres, un hombre de dolor! Pusieronle en el número de los malvados, y murió entre amarguras. Fué sacrificado porque lo ha querido; lleváronle á la muerte como la oveja, y enmudeció como el cordero. No padeció por sus crímenes, sino que tomó sobre sí nuestra iniquidad, y fué traspasado de heridas y fuimos curados con su sangre. Pero su sepulcro será glorioso, porque él adquirió el imperio, y bendecirá su posteridad innumerable y santificará con su doctrina á los hombres.»—

Los niñinos de *Isaias* son el tipo de la magnificencia. Profundos los pensamientos, nuevas y preciosas las imágenes, ofrecen unos y otras el ideal de la poesía.

Cuando el profeta amenaza, excede el límite de lo sublime: jamás otro artista le ha superado.

—«Habló el Señor, prorrumpió el inspirado agiografo; huyendo de su rayo, os abismareis en la caverna, y huyendo de la caverna os pre-

cipitareis en el mar: se abrirán las cataratas del cielo, la tierra se tambaleará como un ébrio y se derrumbarán los fundamentos del mundo!»

El impío Manasés, cruel sucesor de Ezequias, irritado por la valentía del noble anciano que reprochaba sus maldades, le condenó á una muerte inhumana.

Isaias fué aserrado por el vientre, á los ciento treinta años de edad, el 604 antes de Jesucristo.

Su nombre ha llegado á nosotros y se perpetuará en las generaciones, circuido de la aureola de las virtudes y de la poesía.

Las metáforas, los símiles y las alegorías de sus cánticos son de lo mas bello que registra el arte. El fondo de su profecía eleva hasta Dios; su forma patética es lo mas magestuoso de la literatura humana.

Superior al elegíaco Jeremias, al profundo Daniel, al fuerte y nervioso Ezequiel, y en fin, á todos los escritores bíblicos, *Isaias* inspira fé y admiración.

Así quedó absorto *Ciro* al leer su nombre, adivinado en las tinieblas del no-ser, esculpido en la vision del hijo de Amós.

Así exclamó en nuestros dias un famoso incrédulo, contemplando las ruinas de la orgullosa Tiro: *¡se cumplió el oráculo!*

Queridas en todo tiempo de las almas generosas por su inmortal belleza, esas sublimes poesías son inapreciables en el infortunio.

La lectura del príncipe de los profetas hebreos será siempre un raudal de consuelos para el corazón, una fuente de maravillas para el talento, un tesoro para el poeta.

T. V.

LA ÚLTIMA CENA.

El cordero pascual, sagrado emblema

De víctima suprema,

Todo el pueblo judaico disponia,

Mientras el verdadero

Reparador y celestial Cordero

Al odio ciego la traicion vendia.

De derramar la sangre redentora

Se aproxima la hora:

Hora que al tiempo precedió en la mente del Hacedor eterno;

Hora que con terror prevé el infierno,

Y al cielo abisma con pasmo reverente.

Mas en tanto la Víctima sublime,

Cuya sangre redime

Á un mundo criminal, y el fin espera

De su mision divina,
Sus pasos al Cenáculo encamina
A celebrar la Pascua postrimera.

Doce varones son los que elegidos,
Cual amigos queridos,
Llama Jesus á su banquete augusto;
Y los que deben fieles
Las penas compartir duras, crueles,
Que el cielo envia al corazon del Justo.

Doce Apóstoles son, doce tan solo,
Y la tracion y el delo
Al uno tornan pérfido enemigo,
Que como vil serpiente
Clavar intenta el venenoso diente
En aquel seno que le diera abrigo.

El último es que llega conturbado
Al convite sagrado;
Vedle, de horror se eriza su cabello,
Y en su mirada incierta
Y adusta faz de amarilléz cubierta,
Del crimen lleva el infamante sello.

Jesus, empero, con serena frente
Le recibe clemente,
Y al alma vil del criminal aterra
Tan celestial dulzura,
Imaginando en su mortal pavora
Que bajo de sus pies se hunde la tierra.

¡Y será, ó Dios, tu mansedumbre tanta
Que allí á tu mesa santa
El manjar gustará por tí bendito,
Y llegará su boca
Al borde mismo que tu labio toca
Y en que tu amor se ostentará infinito?

¡Oh! sí; miradle: de Jesus enfrente
Se sienta el delincuente;
Insólito temblor su cuerpo agita,
Y con empeño vano
Quiere encubrir bajo su helada mano
La maldicion en su semblante escrita.

Mirándole el Señor, busca benigno
Algun dichoso signo
De sincero dolor, pues su presciencia
Por su amor enmudece,
Y ya el perdon en su mirada ofrece
Al despertar de Judas la conciencia.

Uno me vende de vosotros, clama:
Á tan inicua trama
Llenos de horror su indignacion reprimen;

Mas el divino acento
Excita solo altivo atrevimiento
En el vil corazon que alberga el crimen.

¿Por ventura soy yo? pregunta osado
El apóstol culpado:
Y, *Tú lo has dicho*, le responde Cristo:
Con presto paso llega
Mi tiempo ya; mas ¡ay de quien me entrega!
¡Feliz si nunca el Sol hubiera visto!

Dice, y bajando la inclita cabeza,
Con piadosa tristeza
La infausta suerte del traidor deplora,
Mientras su rabia excita
Oculta voz con que incesante grita
Á su oido Luzbel: ¡Marcha, ya es hora!

Mas antes llega el venturoso instante
Que el Salvador amante
Previsto tiene para dar al mundo,
De admiracion suspenso,
En alta prueba de poder inmenso,
Perpétua prenda de su amor profundo.

Tomando el pan en sus sagradas manos,
Alza los soberanos
Ojos al cielo con fervor divino,
Y articula un acento
Que trueca el pan en inmortal sustento,
Y en néctar de los Ángeles el vino.

¡Hecho inefable que al empíreo asombró!
Quien prodigio le nombra
Su excelsitud deprime y su grandeza;
Ante el sublime arcano
Anonadado yace el juicio humano,
Y la razon prociama su flaqueza.

¡Oh de clemencia inescrutable abismo!
Así se ofrece Él mismo,
Dejando eterno en el linaje humano
Su celestial convite,
Y aun sangre santísima permite
Que entre en el pecho del traidor villano.

Ya instituido el sacramento egregio,
De su atroz sacrilegio
Se espanta Judas; ciego, fascinado
Huye en veloz carrera....
Donde un cordel a su garganta espera,
Premio final de su horrible atentado.

Juan Nicasio Gallego.

GRANADA:
IMPRENTA DE D. FRANCISCO REYES,
calle Alta del Campillo.